

3

Nuestros padres

La información de nuestros padres antes de tener nosotros uso de razón se basa en lo que ellos nos contaban, material escrito por nuestro primo Eduardo, consultas a familiares y material publicado disponible en internet. Los hechos posteriores se basan fundamentalmente, en recuerdos que persisten en la memoria de nosotros sus hijos y de familiares. Desafortunadamente hay un gran vacío de información en las primeras etapas de sus vidas, desde su nacimiento hasta su matrimonio, y ya no queda nadie a quien consultar. Los recuerdos posteriores se han dividido en dos partes: las memorias de Papá, las cuales también incluyen actividades de esparcimiento de la familia fuera de casa, y las memorias de Mamá, que asimismo comprenden actividades hogareñas, celebraciones familiares y nuestros pasatiempos.



Ignacio Combellas C. Carmen Lares S.

Ignacio Combellas Cornet

Nació en Caracas el 22 de mayo de 1918 y fue el menor de 5 hermanos, con una gran diferencia de edad con sus hermanos mayores; Carmen, Eduardo y Esperanza; y tres años menos que su hermana menor, Mercedes. Imaginamos que debió ser el consentido de padres y hermanos, pero en particular lo fue de su hermana Carmen, 17 años mayor que él. Papá estudió primaria en el colegio Zamora y bachillerato en el Liceo Andrés Bello, un liceo público reconocido por ser en esa época el mejor de Caracas.



Con su mamá



Primera Comunión.



Reseña de su graduación en El Universal

Al finalizar continuó sus estudios en la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela, apoyado y estimulado por su madre Luisa, y se graduó de Médico Cirujano en 1941. El mismo año se casó con Mamá y se fue a ejercer su profesión en El Callao, Estado Bolívar, o como decía Eduardo, se fue al fin del mundo y a tres días en carro de Caracas, si no llovía. De regreso a Caracas, el año 1947, hizo un curso de Dirección de Hospitales y comenzó a ejercer esta especialidad, a la que le dedicó la mayor parte de su actividad profesional.

Sus trabajos

Su primer trabajo fue en el hospital de una compañía minera de oro, la New Goldfields of Venezuela, en El Callao, por recomendación de su cuñado Raúl Van Praag, esposo de su hermana Esperanza, quien ejercía como médico en Upata, un pueblo ubicado 200 km al este de Ciudad Bolívar, la capital del estado Bolívar. Raúl murió joven, a los 45 años de edad, y los habitantes de Upata erigieron un busto en su honor, frente al hospital que dirigía. El Callao, está a 120 km al sur de Upata y 320 km de Ciudad Bolívar, comunicados en ese tiempo por una carretera de tierra. Ricardo fue el único de los hermanos que nació allí, asistido en el parto por Papá, y hay muchas fotos de Ricardo, Jorge e Ignacio en la casa que habitábamos. Más adelante Papá recomendó a Enrique Zamora, compañero de estudios y amigo, para cubrir una vacante en la compañía. Luego regresó a Caracas a trabajar en el Ministerio de Sanidad, en el Seguro Social y, años después, una tarde a la semana *ad honorem* en el Hospital Ortopédico Infantil, a solicitud de su fundador (Anexo 1).



El Callao, Mamá en estado y Papá. Hospital El Callao: Izq. Enrique Zamora-Der. Papá.

Su mayor contribución la hizo en el Hospital Luisa Cáceres de Arismendi, inicialmente denominado Sanatorio Antituberculoso Infantil. Trabajó desde su planificación hasta su inauguración, el 27 de marzo de 1950, y luego fue su primer director. El hospital era parte de un conjunto de hospitales (Anexo 2) en una colina al norte de Antímano, un lugar árido poblado de cactus y cujíes. Se planificó un programa de reforestación para crear un jardín botánico planeado por el arquitecto Carlos Guinand, y el día del árbol de cada año se

sembraban árboles con la participación de los niños de varias escuelas de Caracas. Papá nos llevaba ese día para que también participáramos en la siembra y recordamos el gran bosque que crecía de año en año alrededor del hospital. También se creó un parque infantil, con la colaboración de empresas privadas. Constaba de un pequeño zoológico, áreas de juego, un trensito para pasear a los niños y una pequeña concha acústica. Papá le tenía un particular cariño y muchas veces nos llevó a visitarlo. Siempre nos llamó la atención la limpieza del hospital, el brillo de sus pisos y lo atractivo de sus áreas verdes.

Es interesante conocer la historia del hospital, que fue sin duda su principal legado. A diferencia de otros hospitales, se creó por una acción privada nacida en el seno de la Asociación Antituberculosa de Caracas, una sociedad filantrópica. José Loreto Arismendi tenía una deuda con el estado y ofreció cancelarla cubriendo el costo de un instituto asistencial que tuviese la mayor utilidad para la comunidad. Ante los problemas de atención de los niños enfermos de tuberculosis, se le propuso a la Presidencia de la República construir este hospital y la misma fue aceptada por el presidente Isaías Medina Angarita. También realizaron contribuciones otras personas e instituciones privadas. Para su ubicación se escogió un terreno cercano al sanatorio Simón Bolívar, como contribución del ejecutivo nacional para la obra.

Continuando con sus actividades, también supervisaba algunos de los 17 hospitales antituberculosos ubicados a lo largo y ancho del país. Tenemos gratos recuerdos de esos viajes, pues al regresar nos traía dulces característicos de cada lugar: conserva de leche recubierto de azúcar candy en distintas formas y colores de Mérida, icaco en almíbar, huevos chimbos y dulce de lechosa de Maracaibo, bocadillos de conserva de leche con guayaba de Barquisimeto, jalea de mango de Cumaná.

En 1960 asistió a un evento realizado en el Hospital de Cumaná, con la asistencia de tisiólogos de todo el país. Al mismo fue acompañado por Mamá, algo muy poco frecuente, y en la cena inaugural le dio un infarto. Afortunadamente se encontraban en el sitio dos cardiólogos, que actuaron inmediatamente y lo revivieron. Al día siguiente viajamos en avión de madrugada a Cumaná Ignacio y Jorge, acompañados de tío Ismael y Enrique Zamora, pues temían que le repitiese el infarto. Su causa, que a los 40 años cambió su vida, se atribuyó al fuerte estrés en que vivía por las actividades de los sindicatos que llegaron con la democracia al caer el dictador Pérez Jiménez en enero de 1958. Oíamos con frecuencia sus comentarios al llegar a casa: querían sacar al personal extranjero altamente calificado del hospital, hacían paros a cada momento, en ocasiones dejando sin comida a los niños, hacían huelgas con frecuencia y por cualquier motivo. En la reseña de El Algodonal antes mencionada se describe el ocaso del hospital Infantil con la llegada de los sindicatos.

Después de retirarse del sanatorio antituberculoso, Enrique Zamora, en ese tiempo director del instituto de previsión de los médicos (IMPRES), le ofreció que se encargara de la sección de venta de regalos de la Tienda IMPRES. Esta fue su única actividad mercantil, le permitió tener una situación económica holgada y construir a su gusto su segunda y última vivienda en La Lagunita, cerca de sus inseparables primos Ismael y Benjamín (los Albáñez) y donde

disfrutó feliz sus últimos cuatro años. Papá tenía muy buen carácter, el cual heredamos todos sus hijos, y muy pocas veces recordamos haberlo visto molesto. También era extremadamente sociable y apreciado por familiares y amigos.



Hospital Luisa Cáceres de Arismendi



Recuperándose del infarto en Cumaná

Actividades de esparcimiento de Papá y la familia

Sus actividades de esparcimiento estuvieron estrechamente ligadas a sus amigos más cercanos, sus primos y cuñados. Destacaron sobre todo los Albáñez, un poco mayores que él, y Enrique Zamora, su compañero de estudios y amigo. También su sobrino Eduardo Combellas y su primo Juan Esteve, quien vino a Venezuela después de finalizar la guerra civil española en 1939. Y por por supuesto, los hermanos menores de Mamá, Alberto, Mauro y Franco, y sus concuñados Oscar Zamora y Carlos Eduardo Ríos.

Papá era sumamente inquieto, no podía parar en casa. Durante la semana salía temprano al trabajo, en Antímano, luego al final de la tarde iba un par de horas a un consultorio del Seguro Social, regresaba a la casa, se duchaba y salía con Mamá y sus primos: a tomar un helado, a ver una película, a comer... Eso era casi a diario y nosotros quedábamos haciendo tareas, viendo televisión, jugando, o lo que fuese, siempre con la compañía de Victoria Sánchez (Anexo 3) y la joven que la acompañaba: su hermana Pastora o muchas otras jóvenes que la sucedieron. Los fines de semana salía con nosotros al hipódromo de El Paraíso, a la hacienda de los Albáñez en Guarenas, a un club en la fila de Mariches, a El Junquito... Al irse los Albáñez a España en 1952, continuó yendo al hipódromo y eventualmente jugaba dominó con sus cuñados: Alberto, Mauro y Franco. En 1959, con el regreso de los Albáñez y recién inaugurado el hipódromo La Rinconada, continuó asistiendo con distintos miembros de la familia a ver las carreras de caballo. Otro de los hábitos que tenía con los Albáñez y a veces con Eduardo, era escuchar música en la biblioteca de la casa disfrutando de alguna bebida. Algunas de las canciones que recordamos son Los Gavilanes, Isaac Albenis y otras Zarzuelas. Otras veces jugaban dominó, donde también participaban tío Mauro, tío Alberto y el padre Montiel, capellán del ejército y amigo de los Albáñez. A continuación se resumen las principales actividades: su afición desde finales de los cuarenta y por el resto de su vida a los caballos de carrera, el disfrute relajante con familiares y amigos del Club Puerto Azul desde 1957 y sus viajes con familiares dentro y fuera del país.

- Afición a los caballos de carrera

Su principal afición, como ya se mencionó, eran los caballos de carrera, y con los Albáñez crearon el stud Tacagua a finales de los años cuarenta. Los Albáñez habían tenido antes éxito con dos caballos, Rochelero y 5 de Julio. El lote se lo compraron a José Lares, primo de Mamá, y a un familiar de él. Un ejemplar destacado fue Silueta, que salía tarde del aparato de partida, luego corría como un diablo y muchas veces ganaba la carrera. Pero el mejor fue Graciosa, que prometía mucho, pero se desnucó en una carrera. La inversión fue un fracaso y nos imaginamos la frustración de nuestro Padre, que recordaba con tristeza lo sucedido. Tenía la esperanza que la yegua con sus victorias ayudara a la manutención de los caballos. En suma, un desastre, y Papá se retiró de la inversión en caballos, golpeado por la mala experiencia. Más aun, para comprar los caballos vendió un terreno en El Rosal que luego aumentó mucho su valor, sin participárselo a Mamá, quien en innumerables ocasiones se lo recordó con amargura. En resumen, Papá llevaba la afición de los caballos en la sangre pero cometió un grave error: los caballos no son un negocio sino una afición costosa, por algo llaman a las carreras de caballo El Deporte de los Reyes.

Papá continuó con su afición de toda la vida, pero como un aficionado más. En ese tiempo el hipódromo estaba en El Paraíso y por muchos años, siendo pequeños, nos llevó a ver las carreras. Nos colocábamos en el área interior del circuito y nosotros, los hermanos mayores de ese entonces, nos íbamos a ver la partida y al comenzar la carrera corríamos a la meta para ver la llegada. En 1958 regresaron los Albáñez de España, se inauguró el hipódromo La Rinconada en 1959 y Papá comenzó a ver las carreras desde la tribuna presidencial. Tío Ismael, dos amigos de él y tío Franco compraron Repiqueteo, un caballo que dio satisfacciones a la familia, pues ganó varias carreras y luego fue vendido por veinte mil dólares para correr en EEUU. A La Rinconada también íbamos nosotros con frecuencia, pero el que heredó la afición fue Ricardo, quien identificaba a los mejores caballos sólo con verlos y aun conserva bonitos recuerdos de esos tiempos. También Benjamín, que era un hombre adinerado, continuó siendo propietario de caballos por años. Tenía un haras muy bonito cerca de Villa de Cura y llegó a tener caballos en Panamá y Chile. A Panamá fueron en una ocasión Papá y Mamá, con tío Ismael y tía Mercedes, a ver correr a un caballo de su propiedad en un clásico.

Papá también continuó su afición por el 5 y 6, que premiaba si se acertaban los ganadores de cinco o seis carreras del domingo. Pasaba horas con los Albáñez y con Mauro estudiando resultados de carreras anteriores y haciendo combinaciones para llenar los formularios de juego. Sólo en dos ocasiones ganó cierta cantidad de dinero. La primera, al final de los años cuarenta, y le permitió pagar la inicial de la casa de Bello Monte. La segunda en 1960, después de su primer infarto, con unos formularios que hizo con Carlos Eduardo Ríos, el esposo de tía Olga. Estábamos en Maracay, ya había tenido el infarto y antes de la última carrera Mamá se lo llevó a pasear fuera de la casa para que no se emocionara. Con parte de ese dinero se compró una camioneta Chevrolet blanca con la que viajamos bastante por Venezuela.



Hipódromos El Paraíso y La Rinconada

- Club Puerto Azul

Años antes de la creación del club ya íbamos a esa playa que tenía entonces el nombre de Playa Azul. Se atravesaba un bosque de cocoteros y uvas de playa, junto a viejos y frondosos árboles, y se llegaba a una playa bastante tranquila, donde las olas reventaban lejos de la orilla y los niños podían bañarse sin peligro. Como la playa no tenía duchas, pasábamos al río Naiguatá, de aguas limpias y cristalinas que venían del pico del mismo nombre, donde nos quitábamos el agua salada y disfrutábamos atrapando camarones de río entre las piedras. De manera especial recordamos las cocadas que pasaban vendiendo las mujeres del pueblo y a nuestra Madre disfrutando de las uvas de playa que tanto le gustaban.



Club Puerto Azul

Nuestros papás fueron de los primeros en comprar la acción del club en 1957 y a Puerto Azul lo vimos nacer y crecer: cuando se estaban iniciando las obras y solo se disponía de un vestuario provisional con duchas y cestas para guardar la ropa, y Mamá llevaba una cesta de picnic con bocadillos, refrescos, huevos duros, ensaladas y un postre casero para pasar el día. Luego paulatinamente vimos inaugurar las piscinas, el área central, la marina, los edificios de apartamentos de alquiler y las instalaciones deportivas. Dos años después los Albáñez regresaron de España y también compraron acciones, convirtiéndose Puerto Azul en un nuevo centro de reunión de los primos. Más adelante su sobrino Eduardo, tío Oscar y Enrique Zamora también compraron acciones del club y se unieron al grupo: se reunían

en un sitio cercano a la playa mansa, donde conversaban bajo unos bambúes en torno a una botella de whisky, en las zonas de estar, en los restaurantes para comer, en caminatas por el malecón y, por supuesto, en las tardes del sábado y el domingo veían las carreras de caballos en los salones de TV del club.

Nosotros lo disfrutamos durante muchos años, unos desde que éramos adolescentes y otros desde que teníamos uso de razón. Allí creamos amistades que han perdurado en el tiempo y allí yacen las cenizas de nuestro querido hermano Iván. Todavía hoy cuando pensamos despiertos en un lugar para relajarnos, pensamos en ese lugar paradisíaco. Fueron días felices y muchos años después tanto Ignacio como Iván, Ricardo y Carigna adquirieron acciones del club y los dos últimos todavía las conservan. Puerto Azul fue el sitio que más disfrutaron tanto Papá como Mamá y sus hijos, con excepción de Jorge, quien se fue joven a estudiar a Maracay, allí se quedó y lo cambió por la bahía de Cata.

- Viajes de Vacaciones

Con anterioridad mencionamos sus viajes como superintendente de los 17 hospitales tuberculosos a lo largo y ancho del país, y de su costumbre de traer a familiares y amigos dulces típicos y algunos recuerdos del lugar. La aceptación de este cargo y el de El Callao, con el visto bueno de Mamá, demuestran que compartían ese espíritu aventurero, esa ansiedad de conocer y disfrutar nuevos lugares.

Barbados. Papá, Mamá y los cuatro hijos para el momento fuimos por primera vez a Barbados en 1951, acompañados de tío Ismael y familia. Llegamos al hotel Hastings, frente al mar y cerca de la playa de Accra. Recorrimos toda la isla y lo que más nos llamó la atención fueron las cuevas en North Point, donde el mar se bate con furia sobre los acantilados, y los fuertes vientos de un huracán que pasó cerca y que obligaron al hotel a proteger las ventanas con tablones de madera. Un recuerdo de la niñez que tenemos los tres mayores, fue que encontramos un pajarito medio muerto en un parque al lado del hotel: a las pocas horas murió y lo lloramos y lo enterramos con flores. Años después nuestros papás volvieron un par de veces con la familia, uno al norte de Bridgetown en 1966, sin Jorge e Ignacio, y otro en 1975 al sur con Carigna, y Jorge y familia. Barbados quedó en nuestra memoria como un sitio paradisíaco y en varias oportunidades regresamos de vacaciones o de luna de miel a disfrutarlo.

El Charal. Siendo jóvenes íbamos con frecuencia en Semana Santa y vacaciones a la casa de tía Olga. Vivía en Flor Amarilla, un pueblo al sur de Valencia muy cerca de la finca El Charal, perteneciente a la Corporación Venezolana de Fomento y a cargo de tío Ríos. Era una finca ganadera de animales cebú importados de Brasil con la finalidad de mejorar la producción de bovinos de carne en el país. En la finca había una casona colonial grande, donde decían que habían colgado a dos hombres, cuyas almas estaban en pena. Lo que más nos asustaba, es que había la creencia que en ocasiones salía la Llorona, una mujer del folclore criollo muy alta y elegante, que a media noche castigaba a los hombres infieles.

El viaje de Caracas a Flor Amarilla tardaba horas, por una carretera llena de curvas, y con un tráfico interminable que atravesaba Los Teques, La Victoria, Maracay, Valencia y muchos otros pueblos. El regreso a casa en Semana Santa era divertido, ya que en todos los pueblos estaban colgados los muñecos de Judas, para luego quemarlos. En los viajes Papá hacía paradas para descansar, ir al baño y tomar algo o explicarnos hechos históricos. Normalmente paraba en sitios donde tenían algo de comer característico, tales como las panelas en san Joaquín, el queso de mano en Cagua y el pan de Guayas en Tejerías. También paraba para explicarnos hechos históricos, como el ingenio de Bolívar en San Mateo o la batalla de la Victoria, donde nos contaba murieron muchos jóvenes estudiantes. Pero de todas maneras era un viaje largo y nosotros con frecuencia nos peleábamos dentro del carro por tonterías. Desde Flor Amarilla fuimos en dos ocasiones a Chichirivichi.

Chichirivichi. Viajes 1 y 2. En tres ocasiones pasamos una semana con nuestros padres en Chichirivichi, al sureste del estado Falcón. Las dos primeras en cayo Muerto, a principios de los años cincuenta con tía Olga y tío Ríos, alojados en unas chozas de palmeras de coco y durmiendo en unas camas de campaña plegables de lona. A unos pasos estaba una playa que era un plato y todo el día estábamos en el mar. Tío Ríos pescaba desde el amanecer y asaba los peces en una hoguera. Nos quemábamos como unos camarones. En una ocasión Papá nos llevó a un paseo con otras personas en un velero muy grande que simulaba ser un barco de piratas. Uno de los pasajeros se cayó, se dislocó un hombro y gritaba de dolor. Preguntaron si entre los presentes había un médico y Papá se identificó, se lo colocó en su sitio y lo vendó. Los pasajeros aplaudieron. ¡Nos sentíamos orgullosos de ser sus hijos!

Chichirivichi. Viaje 3. El tercer viaje lo hicimos con la familia de Papá, ya éramos más grandes y llegamos a una casa en el pueblo frente al mar. La casa era de Ramón Mani y su esposa Conchita, la madre de nuestro primo Eduardo, quien se casó en segundas nupcias después de enviudar de Eduardo, el hermano de Papá. Era un terreno grande con una casa y cuatro chozas adicionales que mandó construir Mani para alojar a los Albáñez, los Vers, los van Praag y nosotros. En ese viaje también coincidió Félix Cardona y su hijo mayor, y mencionamos esto por ser lo que más nos impactó y lo que más recordamos del viaje. Cardona era un catalán muy excéntrico y callado, y quien fijó los límites entre Venezuela y Brasil en las montañas selváticas que los separan. Fue él quien descubrió el Salto del Ángel y luego llevó al sitio a Jimmy Angel, quien posteriormente difundió la información. Todas las noches recogíamos leña, se hacía una gran fogata y él comenzaba a narrar sus historias con los indios. Nosotros, muchachos, las oíamos hipnotizados: cuando andaban en un bote de aluminio, los rodearon unos indios agresivos y se salvaron al echar gasolina al río y encenderla con un fósforo: los indios huyeron espantados pensando que eran magos. O cuando estos agarraban lombrices, las estiraban hacia arriba y succionaban su interior. También nos contó cuando subió al Auyantepui para ayudar Jimmy Ángel a descender después de que cayó su avioneta en la cima y relatos del primer viaje a las fuentes de nacimiento del Orinoco, el río más grande de Venezuela con una cuenca de 989.000 km².



Edo. Falcón, Chichirivichi: Cayo Muerto

La casa de tía Olga en Maracay. La casa donde vivió tía Olga por muchos años era parte de las instalaciones del Departamento de Zootecnia del Ministerio de Agricultura y Cría, y tío Ríos era el jefe de la estación. Tenía bovinos de leche, ovinos, cabras y gallinas en un terreno de unas 2.500 ha. Pero para nosotros y nuestros primos maternos era como si fuese la hacienda de la familia, y en muchas ocasiones nos reunimos allí. Íbamos con frecuencia a la vaquera a ver ordeñar las vacas, o a los corrales de los padrotes a verlos montar a las vacas en celo, o a ver la inseminación artificial de las gallinas en las instalaciones de aves. Además, teníamos bicicletas, lo cual nos permitía acompañar a los obreros cuando llevaban el ganado a los potreros, ir al conuco de Dámaso cruzando un riachuelo en lo que llamaban La Candelaria, donde también había un tanque de agua en el cual nos bañábamos. Dámaso era el guachimán (vigilante) de la estación durante las noches y nos contaba creencias e historias de su vida en el campo: de La Sayona, de las brujas, de las morocotas de oro enterradas por los gobernantes en tiempos del presidente Gómez. También elevábamos papagayos con los vientos de marzo y montábamos a caballo por la estación. Los mayores de nosotros aprendimos a conducir con los jeeps de la estación, y nuestro instructor era Laya, el caporal de la estación quien también vivía en el lugar. Estando allí, en varias ocasiones fuimos a la Ferias de Maracay, muy bien organizadas, que se celebraban en la avenida Las Delicias el día de San José.



Frente a la casa: Ricardo, Papá con Valentina, Alicia.
Delante: Ana María y Carigna.



Vaca criolla de la estación.

Ocumare de la Costa. Viviendo tía Olga en Maracay fuimos varias veces en las vacaciones escolares a Ocumare de La Costa, situado a una hora de Maracay atravesando el parque Henry Pittier, y en ocasiones parábamos en el museo del mismo nombre y aprovechábamos para comer unas arepas de chicharrón de renombre en el camino. Llegábamos a casas

alquiladas o prestadas. La playa de Ocumare no era muy tranquila y lo que más nos gustaba era ir en un peñero a La Ciénaga, una entrada de mar de aguas transparentes y sin olas. Era una belleza, con manglares donde los pescadores sacaban y vendían ostras. En la parte más profunda vivía un ermitaño en una choza, que no hacía más que quejarse de las bromas que le hacían los pescadores. También disfrutábamos de los desayunos, con arepas que nos traía una señora todas las mañanas, queso, huevos frescos y el pescado que comprábamos en la Boca, al otro extremo de la bahía.

Bogotá. En diciembre de 1955 fuimos todos a Bogotá a pasar Navidad y fin de año con tía Yolanda y tío Otmaro. El viaje lo hicimos en carro hasta Cúcuta y desde allí en avión a Bogotá. Fue un viaje inolvidable, la primera parada en el hotel Guadalupe, en La Puerta, edo. Trujillo, luego paramos en el pico El Águila a 4 mil m. de altura y por primera vez disfrutamos de los paisajes de los páramos y del majestuoso pico Bolívar, de 5 mil m. Posteriormente llegamos a Mérida, final de la primera etapa, donde pasamos unos días en el hotel Prado de Río. Visitamos la ciudad, los alrededores y a unos primos de Mamá, los Fargier. Continuamos el viaje a Cúcuta, donde tomamos un avión con destino Bogotá y llegamos a la casa de los tíos. Ignacio tenía 12 años en ese entonces y todavía recuerda la dirección, que aprendió de memoria por si acaso nos perdíamos: calle 73-17-27. Disfrutamos los fuegos artificiales en Noche Buena, las visitas a la catedral de sal en Zipaquirá, al salto Tequendama, a la casa de Bolívar y una salida a pescar truchas, en la cual tío Otmaro andaba furioso, porque todos pescábamos menos él, a pesar de llevar el mejor equipo. Recordamos además lo que disfrutamos con los platos típicos colombianos que preparaba un cocinero que tenían en la casa, con cortes de carne de primera y vegetales frescos cultivados en la sabana de Bogotá. También nos agradaban el ajiaco, los pancitos de diferentes tipos que hacía el cocinero en casa y las exquisiteces importadas de Europa que tío Otmaro conservaba en una despensa bajo llave. El regreso a Caracas fue un maratón, haciendo el mismo trayecto que la ida pero saliendo de Cúcuta a las 4 pm con una escala en El Vigía para descansar y Mamá manteniendo a Papá despierto a fuerza de cafés.

Centro vacacional los Caracas. En las vacaciones escolares Papá alquilaba una casa en Los Caracas, en el litoral guaireño y pasábamos semanas allí. Tenemos gratos recuerdos de Los Caracas, de las casas en medio de una vegetación exuberante, de su piscina gigantesca, del río y de la playa. Nos quemábamos y se nos ampollaba la piel una y otra vez. También íbamos con frecuencia al cine de Los Caracas, emocionados porque podíamos ver películas censura C, solo para adultos, como las de Brigitte Bardot.

Manuare. A mediados de los años cincuenta Papá compró con tío Ríos una finca de ganado de carne en Manuare, un lugar de colinas al sur del lago de Valencia, cerca de Güigüe, a una hora de Maracay en carro de doble tracción. Ocasionalmente, al venir Papá a Maracay acompañaba a tío Ríos a supervisarla: cuando se castraban, se herraban o se seleccionaban los animales para la venta. Tío Ríos era muy echador de bromas: recordamos que acusaba a Ricardo de haber quemado el lago de Valencia y este le respondía furioso que él no había sido. A Ricardo le decíamos que era un querre querre, un pájaro tropical parecido al turpial y muy agresivo. Continuando con la finca, tenía un caporal de nombre Evelio, que años

después lo encontramos en Tasajera, al sur de El Consejo, Edo. Aragua, donde Ignacio y Jorge tenían unas casas de montaña. En 1968, cuando tío Ríos se fue a hacer un postgrado a EUA, decidieron venderla.

Viaje a Europa. El gran viaje de su vida fue por tres meses a Europa en 1958, aprovechando la estancia de los Albáñez en Barcelona. Lo hicieron acompañados desde Venezuela por Juan Esteve y su esposa Mercedes, y en Barcelona se les unieron tía Mercedes y tío Ismael. Los seis partieron al largo viaje por los países más cercanos en un Pontiac 1958, un carro americano enorme que envió con antelación Juan desde Venezuela, y el cual les permitía viajar holgadamente a pesar de ser seis pasajeros. Según contaba Mamá, al llegar a muchos pueblos de España salían los muchachos y gritaban ¡Viene el marajá!, y por muchas calles estrechas no cabía el carro. Viajaron por España, Francia, Mónaco, Italia, Suiza, Alemania, Holanda y Bélgica, y en esta última coincidieron con la Exposición Universal de Bruselas. Trajeron muchos recuerdos del viaje y muchas fotos que disfrutamos viendo. Luego, cuando ya viajar no era un privilegio, fueron en varias ocasiones a Estados Unidos y a Europa a visitar a Ricardo cuando hacía el postgrado en Alemania y a Jorge en Inglaterra.



Mercedes S., Mamá, tía Mercedes, Juan y Papá. Tío Ismael, Juan, Mamá, Benjamín, Mercedes.

Naiguatá. Después de comprar la acción de Puerto Azul, Papá alquilaba con frecuencia una casa en Naiguatá donde pasábamos un mes con Mamá, en las vacaciones escolares, lo cual nos permitía disfrutar de las instalaciones del club durante el día y pernoctar en el pueblo. Tenemos gratos recuerdos de esos días: de los vendedores ambulantes de conservas de coco y otros dulces criollos, y de los muchachos del vecindario con quienes jugábamos disfrutando todos de Carigna pequeña.

Isla Margarita. En agosto de 1960, todos menos Ignacio realizamos un viaje a Pampatar. Ya Papá tenía la camioneta Chevrolet e íbamos muy cómodos. Llegamos al hotel Nueva Cádiz, al lado del mar y con una piscina rodeada de las habitaciones, donde hicimos amigos y pasábamos la mayor parte del tiempo. Visitamos Punta Ballenas, la cueva de los piratas y el castillo de Pampatar, pero quizás lo más emocionante fue montarnos en un peñero para ir a ver las ballenas. Observamos una de lejos y nos acercamos para verla mejor, pero se sumergió y no volvió a salir. De todos modos pasamos miedo pensando que podría salir de nuevo y voltear el bote, estando alejados de la costa y en un mar oscuro y profundo. En la playa, al lado del hotel, pasaban los buhoneros vendiendo perlas, licor y pantalones de caqui Ruxton ingleses.

Viaje a Puerto Ordaz. En diciembre de 1960, antes de Navidad, Papá con Jorge, Ricardo, Iván, Ricardo y Jorge Albáñez hicimos un viaje a Puerto Ordaz, al sur del Orinoco. En la ida paramos en sitios inolvidables, la primera parada fue en Barcelona donde José María Pi (hijo) era el encargado de la planta de la Pepsicola que abastecía el oriente del país. Nos mostró la planta y nos invitó a pasar un par de noches en el hotel Bella Vista, en la isla Margarita. Se imaginaron nuestra alegría, cuando supimos que iríamos en una avioneta bimotor de su propiedad. Ya montados en la avioneta, nos dijo que primero iría a su finca de ganado en Guárico, cerca del Orinoco. Allí el caporal nos llevó a ver a unos delfines de agua dulce y nos contaba que eran hombres que los habían transformado en delfines y los debíamos respetar. De allí partimos a Porlamar y en el viaje, por broma, apagó uno de los motores sin avisarnos, ¡Nunca olvidaremos el susto que pasamos! De regreso a Barcelona continuamos el viaje para visitar al padre de José María, del mismo nombre, casado con Luisa Albáñez, hermana de tío Ismael y Benjamín. Vivía sólo, como un ermitaño, en una casa muy humilde al lado de una quebrada en una selva de vegetación exuberante cerca de Barcelona. Nos impresionó que no botaba nada, tenía innumerables cajas de zapatos con cepillos de dientes usados, envases vacíos de todo tipo y mil cosas más.

De allí salimos hacia el Orinoco con una breve escala en Anaco para visitar a Antonio Vers, primo de Papá, quien allí tenía una lavandería. Luego continuamos al sur y frente a Ciudad Bolívar cruzamos el Orinoco en una chalana, luego sin detenernos continuamos camino a Puerto Ordaz. Llegamos a la casa de nuestro primo Raúl, casado con nuestra prima Mercedes, y empleado de la Siderúrgica del Orinoco. Luego llegaron a la misma casa Ignacio, Ismael, Isaac y un grupo de sus amigos del Colegio la Salle, para hacer los últimos preparativos de un viaje acompañados de Jordi y Heinz Cardona hacía el río Chiguao, afluente del río Paragua, en medio de la selva guayanesa del sur del país. Raúl nos llevó a conocer la siderúrgica, y quedamos impresionados por lo grande de las instalaciones. También visitamos la represa y la planta eléctrica Macagua y por supuesto, el salto La Llovizna y otros riachuelos de la zona. De regreso paramos en Ciudad Bolívar y visitamos un malecón que daba hacia el Orinoco con casas pintadas de colores llamativos. Regresamos por la carretera de los llanos y al pasar por Cagua visitamos a nuestra querida Victoria Sánchez, quien nos cuidaba de pequeños cuando salían nuestros padres con sus primos.



Edo. Bolívar: Salto La Llovizna

Otros sitios. Además de los anteriores, realizamos muchos viajes cortos con Papá, unas veces con toda la familia y otras solo con algunos de nosotros, debido a que había algún hermano muy pequeño para viajar. Siendo muy jóvenes fuimos unos días a una pensión en Macuto, el pueblo después de La Guaira. Tenía un área central grande con habitaciones alrededor. Durante el día íbamos a la playa y en la noche toda la gente del vecindario salía a la calle, con hileras de almendrones en las aceras, a oír radio o a jugar dominó, ajedrez, monopolio... y los niños también jugábamos o conversábamos. Algunas veces visitamos en Caraballeda, cerca de Macuto, al hermano de tío d'Empaire, Gabriel, quien era un pintor reconocido pero muy excéntrico, que vivía como un ermitaño. En Arrecife, también en el litoral guaireño, Antonio Mani, hermano de Ramón, en ocasiones nos invitaba con otros miembros de la familia a comer unas paellas espectaculares. Vivía con su esposa en una casita frente a un mar abierto y con mucha resaca, que algunas veces nos hizo pasar unos buenos sustos. Otro sitio donde íbamos con frecuencia a pasar el día era El Junquito, famoso por sus golfados, un sitio de montaña con una temperatura muy agradable, buenas vistas, césped en los terrenos y aparte de comer, nos divertíamos con juegos de niños.

Carmen Lares Suárez

Mamá nació en Maracaibo el 12 de septiembre de 1920, fue la segunda hija de la familia Lares Suárez y sus hermanos en orden cronológico fueron: José María, Alicia, Olga, Yolanda, Alberto, Mauro y Francisco, a este último todos lo llamábamos Franco. Conoció a Papá a través de la Sra. Zamora, madre de Enrique Zamora, el amigo de la juventud de Papá. A continuación presentaremos un resumen de las actividades hogareñas de ella y de Papá en cada una de sus viviendas.



En su boda.



Recien Casada.

Recuerdos de El Callao, Edo. Bolívar

Recién casada se fue a El Callao, Edo. Bolívar, y solo regresó a Caracas para los partos de Ignacio y Jorge. Recordamos lo que contaba de su primer viaje a El Callao, donde ya estaba ejerciendo de médico Papá: el primer tramo a Ciudad Bolívar lo hizo en avión y luego a El

Callao en una camioneta. En este último tramo de 300 km, viajando por una carretera de tierra en malas condiciones, se hizo de noche y no dejaba de llover. Llegaron a una bifurcación en el camino y no sabían cual vía tomar. De pronto apareció un hombre con una capa negra en un caballo que se levantó en dos patas, y señalándoles el camino gritó “por allá”. Nos contaba que nunca olvidaría los sustos que pasó en ese viaje. Pero Mamá conservó buenos recuerdos de su estancia en El Callao y con frecuencia disfrutaba contándolos.

Nos hablaba de la casa donde vivíamos, en un conjunto donde habitaban los médicos, ubicada en una zona bastante arbolada y cerca de algunos accesos a las minas. Las casas, traídas prefabricadas de estados Unidos, se localizaban a unos 50 m unas de otras, eran de madera y tenían un corredor protegido con tela metálica. Tenía dos muchachas de origen trinitario que la ayudaban y con quienes de regreso a Caracas mantuvo la amistad, en particular con Alicia Wing, la cocinera (Anexo 4) y Tena, la cargadora de Ignacio y luego de Jorge. La compañía tenía un campamento con facilidades para que su personal, mayoritariamente norteamericano, se sintiera cómodo. Entre otras cosas, contaba con un club bien equipado, con una piscina grande y un trampolín de 10 m desde el cual Mamá se lanzaba, hecho poco común para una venezolana de esa época. También nos hablaba de la forma de ser de los extranjeros, tan distinta de la nuestra. Tanto los hombres como sus señoras bebían mucho y estas últimas tenían un comportamiento con los hombres impensable para las venezolanas. A pesar de la casa tener telas mosquiteras, contrajo la malaria. Recordaba las fiebres intermitentes que tenía, los tratamientos con quinina y los baños de agua con hielo. Nos contaba muchas anécdotas de su estadía en Guayana: de los rugidos nocturnos de los tigres, de los enfermos de la región que traían a su casa colgando en chinchorros, pues Papá era uno de los pocos médicos en muchos kilómetros a la redonda. No les cobraba, pero a veces como regalo le daban gallinas o productos agrícolas.

Las fiestas de cumpleaños eran una oportunidad para el encuentro de las familias extranjeras y venezolanas de la empresa, las invitaciones eran con tarjetas y nuestra madre guardaba información de los invitados en el libro de memorias que tenía. Según contaba Mamá eran fiestas muy alegres y las de Jorge y Ricardo se celebraban juntas por haber nacido casi en la misma fecha. La mejor amiga de Mamá se llamaba Amantina Godoy, esposa de un Sr. Loreto que trabajaba con Papá, y de regreso a Caracas continuó con la amistad. Durante su estancia en El Callao recibieron varias visitas de familiares, entre ellos tía Yolanda, tía Olga, tía Esperanza y nuestro primo Raúl.

Como recuerdos de esa época Papá tenía entre otras cosas, una colección de bastones de distintas maderas de la zona, unas piedras de cuarzo con pequeñas vetas de oro puro y unas acciones de la compañía que ya no valían nada. Los recuerdos materiales más llamativos que trajo Mamá fueron una colección de prendas de oro cochano, es decir, pepitas de oro puro tal como se sustraen de los ríos. Muchos años después Ignacio invitó a Mamá a hacer un viaje a El Callao, un deseo que siempre había querido realizar y detalles del mismo se presentan en el Anexo 5.

Recuerdos de Bello Monte

A mediados de 1947 la familia se mudó de El Callao a la quinta Carigna, calle Tacagua de Bello Monte, Caracas. Con excepción de Ignacio, la historia de la familia que recordamos los hermanos comienza en esta casa: de ella tenemos los primeros recuerdos Jorge y Ricardo, a pesar de haber vivido en El Callao, y en ella vivimos toda la juventud Iván, Pepo y Carigna.



Los tres mayores en Bello Monte.



Casa de Bello Monte, y la ampliación detrás.

Éramos los primeros de la familia en habitar la urbanización, y dos años después se mudaron a la misma tío Ismael y Benjamín, a las casas Roamar y Antonia, ubicadas en la calle Orinoco. Luego, cuando se fueron a España en 1952, Benjamín le vendió la casa a José Lares Lossada, primo de Mamá y padre de José Antonio Lares Núñez, muy amigo de Ignacio. Tío Ismael y tía Mercedes vivían antes de mudarse a Bello Monte en una casa cerca de la redoma de las Delicias y del lado opuesto estaba un colegio pequeño llamado Coromoto, de unas señoritas tías del banquero Álvarez Stelling, al cual asistió Ignacio por primera vez durante un año. Al norte de la plaza, lo que fue después la avenida Libertador, pasaba el tranvía, en el cual un par de veces paseamos hasta el centro de Caracas, por la novedad de montarnos en el mismo. En esos tranvías viajaban diariamente los habitantes del este de Caracas para ir a los trabajos ubicados en el centro. Pero nosotros en esos primeros años en Caracas nos movilizábamos en automóvil. Inicialmente Papá tenía un carro Hudson y luego, en 1950, compró un Ford que conducía Mamá. Pero el carro que más nos llamaba la atención era uno de tío Ismael que tenía una maleta trasera que se convertía en asiento exterior.

La rutina de la familia cuando comenzamos a ir al colegio era la siguiente: primero Papá salía a las 6:30 am a trabajar en el hospital Luisa Cáceres de Arismendi, en Antímano, al oeste de Caracas, donde se llegaba en unos 30 min por el poco tráfico que había. Luego Mamá nos levantaba, tomábamos un desayuno ligero y nos llevaba en su carro al Instituto Montessori San Jorge (Anexo 6), ubicado en Los Palos Grandes. Este fue el primer colegio de Jorge, Ricardo e Iván y el segundo de Ignacio. No sabemos como Mamá aguantaba el maratón de llevarnos y traernos al colegio dos veces al día, algo impensable unos años después por el incremento del tráfico en la ciudad. En la tarde, de regreso a casa, se paraba delante del cine La Castellana para que pidiéramos un raspado que costaba medio (0.25 Bs.). Ignacio tomaba, si tenía para completar, una horchata de chufa, que costaba un real (0.50 Bs.). Más adelante Mamá nos dejó de llevar y comenzamos a utilizar el transporte del colegio. Nos recogía de primeros y luego hacía un recorrido por todo el este de Caracas

hasta llegar al colegio, lo cual nos permitió conocer toda esa zona. En ese tiempo Caracas terminaba por el este en Sebucán y Los Chorros. Los dos Caminos era cultivos de hortalizas de chinos y Petare era un pueblo separado de Caracas.

Al llegar del colegio lo primero que hacíamos eran las tareas, generalmente sin supervisión de Papá o Mamá. Cada mes nos entregaban la boleta con los resultados del mes anterior y las debíamos devolver firmadas por Papá, nuestro representante, y como la norma era que salíamos bien, generalmente colocaba su firma y nos la regresaba, o nos decía, muy bien, sigue así. Estaba orgulloso de nuestros éxitos y al graduarnos de bachiller hacía una reunión familiar para celebrarlo. Al finalizar las tareas salíamos a jugar tanto en el jardín como o en la calle, o veíamos TV a partir de la compra del primer televisor, aproximadamente en 1955. Al final de la tarde pasaba con un carro de dos ruedas el panadero, un señor mayor portugués, dejaba el pan y aprovechábamos de pedirle pan dulce y en ocasiones golfeados, que eran más caros. Cuando le llegaba el recibo a Mamá y veía los gastos de los panes dulces se molestaba y le decía al panadero que no nos diera estas chucherías. Pero era inútil, a los pocos días seguíamos comiendo pan dulce o golfeado y el gusto por ellos nos quedó. Años después, al ir a Puerto Azul nos parábamos en el camino en una panadería que hacía unos golfeados que nos recordaban los del panadero de Bello Monte. Al comenzar la noche, entre 7:30 y 8:00 pm, nuestros padres salían a compartir con los primos de Papá y nosotros quedábamos bajo el cuido de Victoria hasta acostarnos alrededor de las nueve de la noche. Ya mayores quedábamos viendo televisión hasta las 10.00 de la noche. Más detalles de nuestra estancia en la casa de Bello Monte se presentan en el Anexo 7.

- Las comidas

Mamá hacía las compras grandes de comida en el Mercado de Chacao. Salía los jueves a las 5 am con alguna de las muchachas de servicio, una o dos vecinas y a veces uno de nosotros. Gastaba unos 100 Bs. y regresaba antes de las 7 am con unos sacos grandes de sisal llenos de comida. Siempre nos traía cosas que nos agradaban, tales como naiboa, majarete, queso de mano y hallaquitas o bollitos que devorábamos. También traía cosas inimaginables hoy en día, gallinas y pavos vivos para el sancocho de los domingos o para el pavo de Navidad, los cuales Mamá sacrificaba, o langostas, las cuales se sumergían vivas en agua caliente.

Las comidas, con excepción del desayuno, eran completas. La mesa del comedor era muy grande, o la veíamos muy grande, y además era extensible para las comidas de los fines de semanas o festivos, cuando siempre había invitados. Mamá le dedicaba bastante tiempo a la enseñanza de las cocineras, que afortunadamente fueron pocas, y luego les hacía una supervisión ligera. Era muy organizada con las comidas, hacía una programación de los almuerzos y cenas de la semana, donde tanto al mediodía como en la noche había: sopa de entrada, un plato principal acompañado con ensalada, arroz y plátano, y finalmente un postre o frutas. El viernes se servía pescado, generalmente ruedas fritas de carite o mero, o pescado en escabeche. Los domingos eran especiales, siendo los platos más frecuentes: pollo a la catalana, arroz con pollo o con camarones, langosta, pato relleno o pargo al horno, parrillas de carne o mixtas de pollo con chorizo, costillitas, conejo, patitas de cochino,

asado, roast beef, polenta de jojoto y pastas, tales como espaguetis, raviolis, lasaña y canelones. Las sopas también variaban: el chupe peruano, los sancochos de gallina o de pescado, la sopa de pelota catalana, cremas de auyama, de apio, de papa, de caraotas y otras más. Los postres más frecuentes eran: dulce de higo, de orejón y ciruelas pasas, jalea de mango, dulce colombiano, buñuelos, cabello de ángel, torta de queso criolla, chantillí, Juan sabroso y torta negra con frutas en Navidad. Las frutas eran del país y de gran variedad: naranjas, mandarinas, limas, riñones, tunas, patilla, melón, guanábana y cambures. Los desayunos de los fines de semana variaban: revoltillos de huevo, panquecas, cachapas, arepas, arepitas dulces, queso de mano, queso llanero, queso guayanés, queso amarillo, queso de bola, morcilla y carne mechada. Otra costumbre de Mamá adquirida de las americanas de El Callao era merendar galleticas con té en tasa de porcelana a las 4 pm en punto, la hora del té.

- Celebraciones con la familia

Las celebraciones de los cumpleaños, los bautizos y las primeras comuniones nuestras se hacían, por supuesto, en casa. Pero además, la casa de Carmen (Mamá) era el centro de reunión de los hermanos Lares Suárez. La abuela María Luisa, sus hijos menores y tía Olga vivían en un piso pequeño en Sabana Grande, muy cerca de nuestra casa, y con mucha frecuencia venían a almorzar o a cenar durante la semana y ocasionalmente los sábados y domingos. Además, muchas reuniones familiares y celebraciones se hacían en casa: las fiestas de Fin de Año y Navidad, los cumpleaños de sus hermanos y fiestas puntuales, como la celebración del matrimonio de tía Yolanda en 1947 y el de Ignacio en 1970. Cuando tía Olga venía de Maracay llegaba a la casa y los domingos que sacaban a tío José María a compartir con la familia lo traían a casa. Tío Mauro vivió por muchos años con nosotros en Bello Monte. Tía Sofía, la única tía de Mamá que conocimos, venía una vez a la semana a pasar el día, acompañada de Guillermina, una muchacha a quien crio y que posteriormente la cuidaba. En ella fallecieron la abuela María Luisa y tía Sofía, y durante eventos puntuales del país, como la caída de Pérez Jiménez en el 1958, toda la familia se reunía en ella.

Una de las fechas más importante era la Navidad. Comenzaba con la elaboración de las cartas al niño Jesús, que la comentábamos con Papá y la colocábamos al pie del árbol de Navidad. Estos árboles eran importados de Canadá y los compraba Papá de gran tamaño, hasta casi tocar el techo, y les colocábamos luces de colores y bombitas de todas formas y tamaños. También se hacía un nacimiento bastante grande donde participábamos Mamá, Papá y nosotros. La base eran cajas de madera de distintos tamaños cubiertas con una sábana almidonada y teñida de verde, a la cual se le daba la forma apropiada y se cubría en parte con líquenes que buscábamos en El Junquito, cerca de Caracas, además de copos de algodón imitando nubes y luces de colores. Finalmente, se colocaban las figuras de San José, la Virgen María, el asno y el buey en el centro, y se agregaba el niño Jesús el 25 de diciembre. Más lejos se colocaban los tres reyes magos y el resto de las piezas, que incluía ovejas, vacas, patos, hombres labrando la tierra y otras figuras. Por varios años también Papá hizo unas instalaciones para montar un trencito eléctrico con vagones, puentes, casitas, árboles, faroles iluminados y animales, entre otros.

En Noche Buena se hacía una cena especial que incluía hallacas, pan de jamón, ensalada de gallina, jamón planchado y torta de Navidad. Pero nosotros lo que esperábamos con mayor ansiedad eran los juguetes que amanecían debajo del árbol el día 25. Usualmente nuestros padres salían de fiesta, llegaban como a las tres de la madrugada y colocaban los juguetes de cada uno agrupados alrededor de sus cartas y se acostaban a dormir. A veces los sentíamos llegar, pero como nos habían dicho que si san Nicolás nos veía no nos traía nada, esperábamos hasta más o menos las cinco para ir a la sala. Ignacio iba de primero para ver si habían llegado, luego nos avisaba e íbamos los demás a abrir los regalos, temblando de frío y castañeando los dientes. Muy contentos, uno le decía al otro: ¡Mira lo que me trajo! Entonces íbamos al cuarto de nuestros papás para despertarlos y decirles emocionados lo que san Nicolás nos había traído. Eran bastante espléndidos con los regalos y los acompañaban con una gran media de Navidad para cada uno llena de caramelos y chocolates. A media mañana del día 25 Papá nos llevaba con frecuencia al estanque de la plaza Altamira, para jugar en el agua con los barquitos que nos traía san Nicolás o en los alrededores con los carritos y otros juguetes.

Otra fecha importante era la fiesta de Fin de Año, en la noche del 31, una fiesta bailable con cena donde se invitaban familiares paternos y maternos. Mamá ponía una mesa espectacular con pan de jamón, jamón planchado, pavo relleno con las patas adornadas con papel maché, ensalada de gallina y dulce de lechosa, entre otros. A las doce recibíamos las campanadas comiendo las 12 uvas, nos abrazábamos y salíamos al jardín a ver los fuegos artificiales que lanzaban los tíos Franco, Mauro, Alberto y, ya más grandes, nosotros. Pero en esto no podíamos competir con un vecino, un commendatore italiano, que gastaba una fortuna en fuegos artificiales y atraía a gente del vecindario a ver el espectáculo. Mamá lloraba recordando a sus familiares difuntos y por la emoción de iniciar un nuevo año. Con los años se redujo el número de invitados, pues al día siguiente todo el trabajo le quedaba a Mamá, ya que las muchachas de servicio se iban a celebrarlo con sus familiares. La parranda continuaba el primero de enero, en una fiesta bailable con comida que hacía tía Carmen en su enorme penthouse de La Campiña, tanto para la familia de ella como para la de tío d'Empaire.

En los carnavales no se hacía nada en casa. Íbamos a ver el desfile de carrozas en Sabana Grande y desde pequeños nos vestían con disfraces variados. De más edad participábamos en las patinatas antes de Navidad en Los Caobos u otros sitios cercanos. Con la caída de Pérez Jiménez en 1958 la calidad de los desfiles decayó y la población dejó de participar en ellos. Otros sitios donde nos llevaban eran a los museos de Ciencias y de Bellas Artes, a la Casa Bolívar, a la casa del Marqués del Toro, a la Catedral de Caracas, a la Plaza Bolívar y otros lugares de interés. En varias oportunidades fuimos a las cascadas de Los Chorros al pie del Ávila y tiempo después, al inaugurar el teleférico del Ávila, subíamos a la cumbre a disfrutar de las vistas, comer algo y pasear. También íbamos a los estadios Universitarios, tanto al Olímpico como al de Béisbol, a ver algunos partidos internacionales de fútbol como el Real Madrid; con su estrella Diestéfano; el Millonarios de Colombia y el Vasco de Gama de Brasil, a los encuentros entre los equipos de La Salle y Loyola. De igual manera, asistimos

a algunos juegos de béisbol del equipo Caracas contra el Magallanes, este último nuestro equipo favorito. Caracas en ese entonces tenía una Plaza de Toros y en varias oportunidades fuimos a ver corridas de toros, siendo los toreros de más renombre el Diamante Negro y César Girón. Como ya mencionamos, las carreras de carro las veíamos por TV, pero en una ocasión fuimos a una en los Próceres, donde participaba el argentino Juan Manuel Fangio como estrella.



Carnavales cuando éramos tres o cuatro.
(Las fotos en esa época eran coloreadas a mano)

Los vecinos con quienes tuvimos más contacto fueron los Maffi, que habitaban la casa colindante a la nuestra por el norte. Las mayores eran cuatro jóvenes y luego venían tres varones. Con quienes más compartíamos los mayores era con Ada, Dora y Laura, e Iván y Pepo con Roberto. Hicimos gran amistad con ellos y luego, después de caer Pérez Jiménez, se mudaron al estado Sucre y algunos de nosotros mantuvimos el contacto. Al marcharse a oriente habitaron la casa un hermano del Sr. Maffi y su hijo Aleardo, amigo de Ignacio, e instalaron allí un verdadero zoológico, donde el ejemplar más llamativo era un chimpancé, a quien lo vestían y lo trataban como una persona. Otros vecinos fueron las Legórburo, tres señoras parientas lejanas de Mamá, y con sólo una joven muy coqueta, Iraima, aproximadamente de la edad de Ricardo y Jorge. También en la misma calle vivían los Llinás, las hermanas Anselmi, unas señoras ya mayores, y en la Ave. Orinoco, un poco más lejos, María Josefina y su esposo el Dr. Ramón Carmona y unas cuadas hacia el oeste la Sra. Morrison.

La casa de Bello Monte era una casa con vida, la puerta principal se abría temprano en la mañana y permanecía abierta hasta tarde en la noche. Las puertas de rejas de la calle también estaban abiertas de par en par. ¡Que tiempos aquellos, había una seguridad inimaginable para las generaciones de nuestros hijos!

- Nuestros pasatiempos

Los primeros años en Bello Monte y a medida que íbamos creciendo, disfrutamos de un despertar de emociones: de pequeños nos agradaban los teteros de Toddy y de más edad al perder un diente lo colocábamos en la noche debajo de la almohada y el ratón nos traía

un fuerte (moneda de plata de 5 Bs. \approx 1.7 \$). Ya mayores jugábamos a la riña o el rayo con metras (canicas), a las bolondronas, el trompo, la perinola, el yoyo... Cuando llovía también teníamos nuestros juegos: uno de ellos era hacer competencias con palillos pintados de colores, que se deslizaban por el borde inclinado de la calle Tacagua y otro, en el jardín, meternos debajo de la lluvia en una tienda de campaña que hacíamos con una mesita, cajas y hule. En marzo, época de vientos, hacíamos papagayos (cometas) con papel de seda y veradas de caña (pedúnculos de la flor, muy livianos) que comprábamos en la quincalla de Francisco, cerca de casa. También para que jugáramos, Mamá nos llevaba con frecuencia a la casa de Enrique Zamora, la cual estaba al frente de la plaza La Castellana, donde con Enriquito, su hijo mayor, jugábamos en los columpios, toboganes, carritos de juguete, peleas de hacha o cabezones.

Un poco más grandes nos comenzaron a llevar al Coney Island de Los Palos Grandes, y disfrutábamos montándonos en todo tipo de aparatos y comiendo chucherías tales como perros calientes, algodón de azúcar y cotufas. También comenzamos a ir con cierta frecuencia a dos cines cercanos de casa, el Metropól y el Río, situados en la calle Real de Sabana Grande, a pocos minutos de casa. Nos llevaban Victoria y Pastora y, a veces, en los cumpleaños nos acompañaban primos o amigos. Más adelante comenzó nuestro interés por escuchar la radio AM, antes de la llegada de la TV. Algunos programas que nos gustaban era Las Aventuras de Tamakún, programas cómicos como El Bachiller y Bartolo, y el Tío Nicolás con mis queridos pitoquitos. También no nos perdíamos las narraciones de carreras nacionales de autos, donde los ídolos eran Pancho Pepe Croquer y Doña Barbara, y la frase que se usaba cuando se acercaba para pasar un coche a otro era ¡Coche a la Vista! repetido con emoción por el locutor. En esa época había una gran afición por las novelas narradas en la radio, siendo muy popular El Derecho de Nacer, que no se la perdían Victoria y su hermana Pastora. En la casa se recibía todos los días el diario El Nacional y los domingos se agregaba El Universal. Nosotros esperábamos ansiosos los periódicos del domingo, porque venían acompañadas de comiquitas a color muy divertidas y muchas de ellas eran capítulos de una serie: El Fantasma, Mandraque el Mago, Dick Tracy; que portaba un teléfono de reloj prototipo de los actuales; Popeye, Lorenzo y Pepita, El Pato Donald y otros.

La televisión comercial se inició en Venezuela en 1953 con dos canales comerciales en blanco y negro, Televisa (luego Venevisión) y Radio Caracas TV, con programaciones limitadas a unas horas al final de la tarde y la noche. A nuestra casa llegó unos dos años más tarde y durante la semana los programas que veíamos eran Kit Carson, las brujitas Zascandil y Escandulfa, Bambilandia y las noticias de El Observador Creole narradas por Amado Pernía. De lunes a sábado veíamos El Show de las Doce, de Victor Saume, y a partir de 1959, en las tardes, no podían faltar las carreras de caballo del hipódromo la Rinconada.

En 1957 los Gols deciden cerrar el colegio Montessori y pasamos a estudiar en el colegio La Salle La Colina. Era un colegio moderno, muy grande, más impersonal, ubicado en La Colina de los Caobos, limitando con la falda del Ávila, con varios salones por grado en tres edificios grandes de tres pisos, además de campos deportivos y una vista panorámica de Caracas. Fue un cambio grande, pero nos adaptamos sin problemas. El transporte lo hacíamos en los

autobuses escolares hasta tercer año y luego en carros por puesto hasta la avenida Andrés Bello, desde donde nos transportaban al colegio los padres que llevaban a sus hijos en carro. De la época del colegio La Salle cada uno de nosotros tiene sus propios recuerdos.

Recuerdos de La Lagunita

Papá compró en La Lagunita un terreno muy cerca de una casa que había construido tío Ismael. La urbanización está en una zona de colinas cerca de El Hatillo, en las afueras y al sur de Caracas, a 1.200 msnm y con un clima primaveral todo el año. Su primo Juan Esteve le hizo un proyecto para construir la casa a su gusto y la habitaron a mediados de 1974. Estaba en el tope de una colina y la parte de atrás, hacia donde miraban el jardín, la sala de estar y la habitación principal, tenía una zona verde y una inclinación tal que le permitía tener una vista relajante hacia las montañas vecinas.



Yolandita, Mamá, Pepo, tía Yolanda, María Elena, tía Alicia, Ricardo, tía Olga y Dorada.



Detrás: Iván, Pepo, Josefina, Carigna, Piancho, Papá, Mamá, Jorge padre e Ignacio. Delante: Mirtila, Mónica, Claudia y Jorge hijo.

Las costumbres en la nueva casa variaron, ya no estaban en una zona céntrica de Caracas, a corta distancia de cines, teatros y lugares de esparcimiento. Papá pasaba las tardes, con sus orquídeas y siembras en el barranco, y luego se reunía con tía Mercedes y tío Ismael, también en su casa nueva, a conversar y a oír música. En otras ocasiones iban a la cafetería del club La Lagunita a tomar un café o algo ligero, o al restaurant a comer con Mamá y tía Mercedes. También hizo mucha amistad con el Sr. Fazenda, de su edad, quien tenía un taller mecánico en El Hatillo, y conversaban tanto en el taller como en su casa. El Hatillo era un pueblo pequeño, que se hizo popular a raíz de la tienda Hanssi de artesanía, propiedad de unos alemanes. Luego comenzaron a instalarse otras tiendas de arte similares y restaurantes de comida criolla. Los fines de semana continuaban yendo a Puerto Azul. Mamá se veía con sus nuevas amistades vecinas: los Patiño, los Sánchez, los Resta, los Serrano. También continuaron viendo zarzuelas al Teatro Nacional con los Albáñez. En diciembre hacían una misa en el parque del conjunto y organizaban un almuerzo con la colaboración de todos los vecinos. Benjamín, quien fue el segundo de los tres primos que hizo una casa inmensa en la urbanización, comenzó con la costumbre de hacer una fiesta anual fabulosa para reunir a toda la familia. Comenzamos a compartir de nuevo con primos

que teníamos años sin ver. No podíamos caminar dos pasos sin parar a saludar a alguno. ¡Que tiempos, como recordamos esas fiestas!

En la nueva casa también vivían sus tres hijos menores, todavía solteros: Iván, Pepo y Carigna, y era el centro de reunión de todos sus hijos. Los cuatro años que Papá disfrutó de la casa, continuó como señalamos antes con su dedicación a las orquídeas y en sus tiempos de ocio a visitar a sus familiares y a ir a Puerto Azul. Falleció el 12 de agosto de 1978, a los 60 años, de un paro cardíaco mientras veía un combate de boxeo en el apartamento de tío Alberto en las Mercedes. Fue un golpe muy duro para Mamá, a pesar de que él y todos sabíamos que en cualquier momento eso sucedería. Nuestro hermano Iván, cardiólogo, le decía que debía hacerse un cateterismo, pues ya había sufrido tres infartos y tenía las arterias obstruidas, pero él decía; médico al fin; que en las estadísticas del momento había las mismas probabilidades de morir con o sin la intervención. Nueve meses antes se casó Carigna con Piancho (Francisco Guevara) a quien consideramos nuestro séptimo hermano, de buen carácter y muy servicial. Mamá opinaba que debían esperar más para casarse, pues eran muy jóvenes, de 19 y 21 años, pero Papá insistió en que deseaba darse el gusto de llevar a su hija al altar antes de morir, y su deseo se cumplió.

Mamá no había hecho un cheque en su vida y ni pensar en llevar la administración de una casa, al contrario de Papá, quien como buen descendiente de catalanes llevaba un diario detallado de ingresos y gastos. Pero Mamá todavía era joven, tenía 58 años, sus tres hijos menores vivían con ella y ya eran adultos, y tenía un carácter muy fuerte, todo lo cual la ayudó a superar el cambio. Continuó viviendo en La Lagunita hasta 1985. Pero antes, en 1980, Iván se fue a vivir con Alba en la avenida Libertador y un año después Piancho se fue a estudiar a Tampa, EUA, con una beca, acompañado por Carigna y su hijo Francisco Ignacio.

De la casa de La Lagunita hay muchos recuerdos y comenzaremos por los malos. A los dos años de vivir allí hubo unos aguaceros muy fuertes que aunados a un desagüe ilegal que el vecino dirigió hacia el barranco, originaron un derrumbe que arrastró por el barranco todo el jardín y llegó hasta el borde de la casa. Juan Esteve diseñó un muro vertical con anclajes horizontales para evitar que ello sucediera de nuevo y para reestablecer el jardín. Tuvo una consecuencia ventajosa para Papá y fue que le asignaron el cuido y conservación del área verde desde la casa hasta la calle de atrás, ubicada unos 80 m más abajo. Eso le permitió sembrar gramíneas para evitar deslaves, algunos árboles frutales y una barrera de bambúes. Años después, ya fallecido Papá, en un verano muy seco se incendió toda el área verde del barranco. Pepo estaba solo con Mamá y bajó a salvar algunas orquídeas, entre ellas una con el nombre de Papá que luego fue premiada, y allí comenzó la afición por su cultivo.

Otros recuerdos más alegres fueron la fiestas que hacía Pepo aprovechando que nuestros padres y Carigna se iban a pasar el fin de semana en Puerto Azul o estaban de viaje. Por supuesto, eran a espaldas de ellos y lo primero que hacía era darles el día libre a las señoras de servicio. En una de las fiestas cuando Iván todavía vivía en la casa, nuestros padres cambiaron de planes y regresaron de Puerto Azul en la noche. Cual no sería su sorpresa al ver una cantidad de jóvenes armando un alboroto en su casa. Pepo cargó con la culpa, pues

Iván desapareció. Pero la fiesta mas fabulosa fue la que llamaron la Fiesta Griega, con mayúsculas, donde todos los invitados tenían que venir disfrazados con trajes de antiguos griegos. Fue en 1982, afortunadamente ya Papá no estaba, pues le hubiese dado un infarto, y Mamá estaba en Tampa pasando unos días con Carigna. Al regresar la Sra. Mercedes, quien fue cocinera de confianza de Mamá por muchos años, encontró que la casa estaba hecha un desastre y llamó a Ignacio, quien encontró las paredes y el techo cubierto de postres, todas las camas desordenadas, basura por todas partes. Pero nunca los vecinos se quejaron de las fiestas, pues con esa intención Pepo se encargaba de invitar a sus hijos. Todavía hoy cuando algunas personas oyen nuestro apellido lo asocian a esas fiestas, según muchos las mejores a las que habían ido.

Recuerdos de Terrazas del Club Hípico

Mamá se mudó en 1985 a un apartamento alquilado, el 8A de las Residencias Acacia, en Terrazas A del Club Hípico, acompañada de Pepo y su cocinera Amanda, y luego en 1998 a uno de su propiedad en el mismo edificio, el 5C. Estas viviendas tenían la gran ventaja para ella de estar cerca de las de sus hermanas, pues en el mismo edificio vivía tía Olga, en la misma urbanización tía Yolanda y muy cerca, en Prados del Este, tía Alicia. Además, con meses de diferencia de la mudanza al 5C, Carigna compró un apartamento en el mismo edificio. De nuevo estaba acompañada por sus hijos, sus hermanas y el resto de su familia, y su casa volvió a ser el centro de reunión de las Lares. Continuó con sus costumbres de toda la vida, cuidando de los más mínimos detalles: de los adornos en toda la casa, de cambiar los forros de los muebles, de atender a las personas que la visitaban: escogiendo la vajilla para comer, sirviendo el té en tasas de porcelana fina acompañadas de galletas importadas...



Tías Yolanda, Olga, Alicia y Mamá.



Mamá con nietos y bisnietos.

En este último apartamento vivió sus últimos 22 años y al final de los mismos comenzaron sus problemas de salud: la operaron de la columna y le colocaron unos tornillos entre dos vértebras, años después la operaron de la cadera, luego le comenzó el Parkinson, sufría de problemas gastrointestinales... Finalmente, un día amaneció con problemas para hablar, le detectan un ACV y poco a poco empeoró: aumentaron los ACVs, dejó de caminar y hablar y paulatinamente su vida se fue apagando. Se contrató a una joven para su cuido y compañía, Carmen Ibáñez, una persona excepcional que se dedicó en cuerpo y alma a Mamá y a quien todos nosotros se lo agradeceremos siempre. Carmen estudió y se graduó de enfermera

viviendo allí, y ello fue de gran ayuda cuando se agudizaron sus problemas de salud. Regresando a Mamá, a pesar de todos los males su memoria siguió intacta y todavía en sus últimos días hablaba con sus ojos a Carmen: seguía pendiente que atendiesen a sus visitantes: el té, la bebida, el postre... Se fue sin sufrir el 18 de septiembre de 2007.

Su espíritu aventurero

Mamá en su juventud soñaba con viajar, pero como señalamos anteriormente sus viajes se limitaban al interior del país, pues viajar al exterior en ese entonces era un privilegio de pocos, y más aún con una familia tan numerosa. El gran viaje de su vida fue el de 1958 a Europa, embarazada de Carigna, un viaje de tres meses del cual nos contó muchas anécdotas. Era la época en que la gente se vestía bien para viajar en avión, los hombres con flux y corbata, las señoras bien peinadas, enjoyadas y con buenos trajes. Luego, mejoraron las comunicaciones en avión, viajar dejó de ser un lujo y paulatinamente aumentaron sus salidas. Algunos de sus hijos heredamos este espíritu aventurero y fuimos privilegiados al coincidir nuestras vidas con los años de la abundancia en nuestro país.

Para finalizar, no podemos dejar de expresar lo afortunados que hemos sido al tener unos padres excepcionales. Nos infundieron una serie de principios que han orientado nuestras vidas y los hemos pasado a nuestros hijos: honradez, dedicación y constancia en el trabajo, disciplina, respeto, sinceridad...

ANEXOS

Anexo 1. Hospital Ortopédico Infantil (HOI).

Eduardo cuenta una anécdota sobre el inicio de actividades de Papá en este hospital privado sin fines de lucro, creado a inicios de los años cuarenta por iniciativa del filántropo Eugenio Mendoza, la persona con la mayor fortuna del país para el momento. A mediados de los cincuenta Mendoza decidió reformar y mejorar el HOI, y en una visita al Hospital Luisa Cáseres de Arismendi quedó admirado por la administración y el mantenimiento tanto del hospital como de las áreas exteriores. Llamó por teléfono a El Algodonal y pidió que le informasen al Dr. Combellas que deseaba hablar con él. Al no tener respuesta se dirigió con este fin al Dr. José Ignacio Baldó, médico de reconocido prestigio por la creación hospitalaria de la estructura antituberculosa del país y jefe de Papá. Al no poder evadir la cita, se entrevistó con Mendoza y este le propuso que le organizara su hospital y le informara de sus honorarios. Papá le respondió que siendo una obra sin fines de lucro no cobraría nada, y así lo hizo, y luego continuó por décadas trabajando *ad honorem* en el HOI las tardes de los miércoles. A los 20 y 25 años de su fundación le regalaron sendos relojes de oro con una inscripción en el reverso que conservamos Jorge e Ignacio.

Anexo 2. Hospital El Algodonal.

La historia del hospital se extrajo de: “Hospital El Algodonal: una visión polifacética, Fundación Editorial El Perro y la Guerra, 2018” accesible en la web.

<http://www.elperroylarana.gob.ve/libros/hospital-el-algodonal-una-vision-polifacetica/>

Anexo 3. Victoria Sánchez.

Tenemos recuerdos muy gratos de Victoria Sánchez, quien trabajó en la casa por muchos años y era querida por todos los hermanos. Mamá también la apreciaba y tenía plena confianza en ella. En una ocasión se fracturó la cadera y estuvo tres meses en cama en la casa, bajo el cuido de su hermana Pastora. Años después se casó con Francisco, un portugués muy buena persona que trabajaba como albañil en Cagua, Edo. Aragua, donde se fueron a vivir en una casa hecha por él y tuvieron dos hijos. Fuimos a visitarlos en muchas ocasiones hasta que años después, con los hijos grandes y Francisco ya fallecido, cambiaron de domicilio y perdimos el contacto. Otras muchachas que trabajaron en la casa y recordamos fueron su hermana Pastora, tiempo después las planchadoras Carmen y Ana Ortiz, y el hijo de esta, Daniel Ortiz que acompañaba a Mamá al mercado para ayudarla con las bolsas de las compras tanto en el mercado como en las tiendas militares (IPFA).

Anexo 4. Alicia Wing.

Gran parte de la población de El Callao era de origen trinitario, descendientes de antiguos esclavos africanos que venían a ejercer como mineros en el duro trabajo de extraer oro de las minas y las arenas de los ríos. Es un grupo étnico de color, que ha mantenido su folclore y sus costumbres por generaciones, entre ellos el idioma inglés y el Calipso de El Callao. Este fue el origen de Alicia Wing, quien trabajó como cocinera de Mamá durante su estancia en El Callao y luego la contrataron en la embajada del Reino Unido en Caracas. Era una excelente cocinera, donde destacaban los postres y Mamá aprovechó para hacer un recetario de cocina con sus platos, que todavía conserva Carigna. Ya establecidos nosotros en Bello Monte nos visitaba con frecuencia y nos traía sus manjares. Se imaginarán lo que los disfrutamos, recordamos en particular la Crema Automóvil, un postre a base de chocolate. En 1965 fue a trabajar durante un año en Maracay, en la casa de tía Olga, y tanto Cynthia como Jorge, que vivían en ese entonces allí, recuerdan todavía los deliciosos platos y tortas que preparaba, pero tía Olga se quejaba por el incremento en los gastos de comida.

Anexo 5. Viaje de Mamá e Ignacio a El Callao. (Texto de Ignacio)

Este viaje a Guayana lo hicimos con varias escalas, siendo la primera en Puerto Ordaz y sus alrededores, con una parada en Puerto la Cruz. Llegamos a un hotel ubicado en la margen izquierda del río Caroní, cerca del salto La Llovizna con su serie de cascadas, la represa Macagua y el hermoso parque La Llovizna. Paseamos por todos los alrededores, inclusive

cruzamos el río Caroni en Chalana. En el hotel, con un jardín muy bonito y varias jaulas de pájaros, Mamá se encontraba en su ambiente, y cada vez que bajábamos la encontrábamos conversando con alguna señora. Tenía una habilidad especial para conversar. A los pocos días partimos hacia El Callao, con una parada en Upata, donde visitamos la plaza donde está el busto de tío van Praag, médico muy querido por sus prestaciones en el pueblo. Continuamos hacia El Callao, almorzando en el camino unas cachapas deliciosas con queso guayanés. Al llegar a El Callao, nos identificamos y varias personas mayores, muy amables, se acordaban del Dr. Combellas. Luego nos trasladamos a El Perú, la zona de las minas, y Mamá inmediatamente identificó la casa donde vivimos. Nos acercamos a ella y nos atendió la familia que la habitaba, gente humilde y muy cariñosa. Mamá estaba emocionada, y con su forma de ser para ganarse a la gente, logró que le mostraran su interior. Estaba bien mantenida para los años que habían transcurrido. De regreso a Caracas paramos en Ciudad Bolívar, tratamos de buscar a Clementina, esposa de Pedro Soto, padrino de confirmación de Ignacio y hermano del pintor Jesús Soto, pero no estaba en la ciudad. Fuimos a pasear por los alrededores, con unas colinas pequeñas muy bonitas. Visitamos el mercado, a un lado del río Orinoco, donde almorzamos pescado, y compramos algunos objetos de azabache. Luego pasamos por el restaurante de Doña Carmen, muy famoso por sus menús guayaneses, para reservar un desayuno para el día siguiente. Nos atendió una señora muy amable y nos informó que no abrían en las mañanas. Sin embargo, Mamá hablando de sus mil historias en Guayana, la convenció para que nos preparará para el día siguiente un desayuno. Nos trajeron una bandeja de casi un metro de largo con todo lo imaginable: frutas, arepas, quesos guayaneses, distintos tipos de carnes, ¡Inclusive de venado! Total que salimos satisfechos y muy agradecidos. También nos contó que el presidente Luis Herrera Campins de vez en cuando encargaba una comida especial, que se la llevaban en avión a Caracas. Al concluir el viaje Mamá nos dijo emocionada que el viaje fue uno de los mejores regalos que había tenido.

Anexo 6. Instituto Montessori San Jorge.

Fue el primer colegio de primaria de los cuatro hermanos mayores, ubicado en Los Palos Grandes, de la familia catalana Gols: Jordi el director, su madre la Sra. Gols la directora, su hermano Marçal el músico y su primo Xavier el chofer del autobús, el único que todavía vive, en Sant Cugat, en las afueras de Barcelona. Cada uno de nosotros tiene sus recuerdos del Montessori, pero hay algunos comunes. Estaba en la 4ª avenida de Los Palos Grandes constaba de una casa grande que era la vivienda de los dueños y sede de la dirección y las oficinas. Al oeste, limitando con la cuarta avenida, había una cancha pequeña de fútbol y luego, hacia el este, había un terreno grande de matas de mango que limitaba con una quebrada rodeada de árboles. Era un colegio mixto y las aulas estaban integradas a la naturaleza. El kinder estaba detrás de la casa principal y las aulas restantes ubicadas a lo largo de la quebrada. Estas últimas estaban en una sola nave, con paredes hasta el techo entre las aulas y un pequeño muro hacia la quebrada y hacia el terreno de matas de mango. Participábamos en presentaciones del coro, en los conjuntos de música venezolana y en bailes. También en los desfiles del Día de la Patria, con trajes de liquiliquei, y se realizaban excursiones sobre todo para conocer la naturaleza. Jorge e Ignacio bailaron sardana con

otras dos niñas en el Teatro Municipal e Ignacio tocando cuatro en el tamunangue. Era un lugar paradisíaco y Zaida, una de las maestras, decía con frecuencia que éramos privilegiados al recibir clases en es lugar. ¡Y que razón tenía!

Anexo 7. La casa de Bello Monte.

La vivienda la compró nueva Papá al regresar de El Callao, en 1947. Las casas en ese entonces en lugar de números tenían nombres y la nuestra se llamaba Carigna, nombre derivado de los de nuestros padres, **Carmen** e **Ignacio**, también escogido para su hija menor y única niña. La casa estaba en la calle Tacagua, entre las avenidas Caroní y Orinoco, a unos 200 m del río Guaire, el cual se atravesaba por un puente de hierro a unos sembradíos de caña de azúcar en lo que son hoy Las Colinas de Bello Monte. La casa originalmente era de una planta con cuatro habitaciones, una de ellas de servicio. La primera habitación, hacia la calle, era la biblioteca de Papá, donde se reunía con los Albáñez y otros primos a escuchar música. Luego seguía la habitación de nuestros padres, el baño y finalmente la habitación de los cuatro hijos hasta el momento. En 1954, se amplió la parte posterior, suponemos que por el nacimiento de Pepo. Se construyó un segundo piso con tres habitaciones, un baño y un balcón, donde dormíamos los cuatro hermanos mayores. En la casa había un perro de nombre Dicki, que Papá y Mamá sacaban a pasear por el vecindario, y cuando comenzaron a hacer la autopista del este, a una cuadra de la casa, paseábamos con Dicki por ella hasta llegar al que sería luego el puente entre El Rosal y Las Mercedes. También había un morrocoy y un canario, y varias plantas que todavía recordamos, una de granada y otra de higo en el jardín de atrás y un jazmin imperial en el de adelante. También en Bello Monte Papá comenzó su afición por las orquídeas, la cual continuó en La Lagunita y la heredaron Ignacio y Pepo.

En la casa de Bello Monte vivimos una serie de hechos que nunca olvidaremos, y a continuación mencionaremos dos de ellos por el impacto que nos causaron:

La caída de Marcos Pérez Jiménez: El 23 de enero de 1958 huía de Venezuela el dictador MPJ después de varias semanas de disturbios en las calles que se hicieron incontrolables. El golpe de estado comenzó el primero de enero, con el bombardeo de aviones militares de algunos sitios estratégicos de Caracas y culminó en la madrugada del día 23, cuando toda la ciudad observó al avión presidencial, La Vaca Sagrada, ascendiendo sobre el cielo después de despegar de La Carlota. Tío Alberto había dormido en la casa y gritaba insultos contra el dictador caminando por el vecindario. Más tarde salimos con Papá a dar vueltas en la ciudad y recordamos que al pasar por la avenida Bolívar venía una poblada hacia la cárcel de la Seguridad Nacional, la policía política. Pasamos un susto, dimos vuelta y regresamos a la casa.

El terremoto de Caracas: El sábado 27 de julio de 1967 en la noche, viendo un programa de televisión todo comenzó a temblar. La familia; con excepción de Jorge que vivía en Maracay; corrió a la calle, la tierra se movía muy fuerte, no era fácil caminar y nos quedamos en el porche esperando una nueva onda sísmica. Esa noche dormimos en la planta baja, tanto

nosotros como Alberto, Franco y sus familias, quienes vivían en edificios. Luego nos enteramos que varios edificios en los Palos Grandes, a corta distancia de casa, se habían desplomado causando numerosas muertes. Después pasamos muchos días que no podíamos dormir pensando en que se repetiría el terremoto.

En cada ocasión en que se esperaba algún evento importante, los tres hermanos menores de Mamá venían a la casa a discutirlo o celebrarlo: el primer ascenso de un objeto al espacio, el Sputnik, en 1957, la caída de Batista y el ascenso al poder de Fidel Castro, en 1959, el ascenso del primer hombre al espacio, el ruso Yuri Gagarin, en 1961. También juegos de beisbol, campeonatos de boxeo y muchos otros eventos.

Anexo 8. Familiares y amigos de nuestros padres.

Los amigos con quienes Papá más compartió fueron tío Ismael; primo y cuñado pues estaba casado con tía Mercedes; y su primo Benjamín. Pero también veía con frecuencia a su sobrino Eduardo cuando estaba en Venezuela, a su primo Juan Esteve y a su compañero de estudios y amigo Enrique Zamora. Igualmente, por supuesto, compartía con sus cuñados: tío Oscar; casado con tía Alicia y hermano de Enrique, tío Ríos (Carlos Eduardo Ríos), esposo de tía Olga; y a los hermanos de Mamá; los tíos Alberto, Mauro y Franco; de una generación más joven. Y no podemos dejar de mencionar a tío Damper, como lo llamábamos, algo más que un cuñado de Papá. La información de los familiares de Papá se basa principalmente en el libro sin concluir de Eduardo (Sección 6).

Las amigas de Mamá fueron las hermanas de Papá; tía Carmen, tía Esperanza y tía Mercedes; y Aurora Montero, esposa de tío Alberto. También tuvo una estrecha amistad con Antonia Barnola, Mercedes Subero, Reyes Martínez y Yolanda Zamora, su prima Alicia Fargier y Delia Cardozo, casada con su tío Bernardo Suárez. Y por supuesto, las amigas del vecindario en Bello Monte y la Lagunita, que ya mencionamos anteriormente. A continuación haremos un breve resumen de sus amistades más estrechas.

Alejandro d'Empaire. Tío Damper era el esposo de tía Carmen, ocho años mayor que ella, 26 años mayor que Papá y lo respetábamos como a un tío abuelo. Tuvo un largo noviazgo desde 1919 hasta el matrimonio en 1930, por lo cual Papá lo vio en su casa desde que tuvo uso de razón. Eduardo en sus memorias lo describe como ejemplo de hombre probo, desinteresado y trabajador, hombre insigne como pocos. Lo que si recordamos nosotros es que dejaba que tía Carmen consintiera a sus sobrinos en todo: nos cuidaba en ausencia de nuestros padres, nos daba buenos regalos y cuando viajaba a Nueva York nos preguntaba que deseábamos que nos trajera, ¡y nos lo traía!

Conchita Vers Cornet. Trabajaba en la sastrería de su padre en España, allí se casó con su primo **Eduardo Combellas Cornet**, hermano de Papá, y se vino a vivir a Venezuela. A los seis años de casada falleció su esposo y se quedó a vivir con sus suegros y familiares en Caracas. De sus hijos solo sobrevivió Eduardo Combellas Vers, quien nos cuenta que era incapaz de oír criticar a alguien, sin que de sus labios apareciera una excusa para la persona

criticada. Hasta su muerte fue siempre animosa, alegre y amorosa, siempre recibió el amor que dio a su paso. Después del matrimonio de su hijo, conoció a Ramón Mani Estivill, joyero de profesión, con quien se casó y no tuvo descendencia.



Conchita Vers Cornet, Carmen Combellas Cornet, Pilar Vers Cornet y Luisa Albáñez Cornet

Raúl van Praag. Era el esposo de **Esperanza Combellas Cornet** y bastante joven fue director de la escuela Zamora en Caracas, donde se conocieron. Estudió la carrera de medicina y fue discípulo del Dr. Luis Razetti. Al graduarse de médico se fue a Upata, al sur de Venezuela, a ejercer su profesión y se casó con Esperanza. Tuvieron una vida matrimonial muy feliz, pero desgraciadamente muy corta, pues Raúl murió en 1945 a los 40 años de edad. El aprecio que le tenían los habitantes de Upata se resume en las emotivas palabras de la placa que acompaña al busto levantado en su honor: “El pueblo de Upata y sus amigos en homenaje a su memoria”



Busto de Raúl Van Praag, Hospital de Upata

Ismael Albáñez. (Extracto del escrito “05 Montserrat” de Eduardo). Gran aficionado al canto, comenzó sus estudios con la profesora Carmen Felicita León. Luego se presentó en un programa de aficionados, donde el éxito obtenido le abrió el camino a la profesionalidad. Actuó en varias emisoras: Estudios Universo, Radiodifusora Venezuela, etc. Tuvo su hora como único cantante y en conjunto con excelentes cantantes de la época presentaron zarzuelas y operetas completas. Todo esto lo lleva a que en unas vacaciones en Puerto Rico lo presentaron en un programa radial y le ofrecieron un contrato para cantar primero en México, y después en el resto de Latino América. Ismael se casó con su prima Mercedes,

hermana de Papá, y de dicho matrimonio nacieron cuatro hijos: Mercedes, Ismael Enrique, Maritza y Jorge Albáñez Combellas. Años después tío Ismael se casó con Montserrat Sistac, quien nació en 1914 y todavía vive con sus sobrinos en la isla colombiana de San Andrés. La madre de los Albáñez, tía Montserrat, era hermana de nuestra abuela Luisa y fue la única tía abuela por parte de Papá que recordamos. La veíamos con frecuencia, pues vivió sus últimos años en la casa de tío Ismael en Bello Monte.



Ismael



Montserrat Sistac e Ismael



Montserrat Cornet

Benjamín Albáñez y Antonia Barnola. (Extracto del escrito “05 Montserrat” de Eduardo). Se casó con Antonia Barnola Duxans, descendiente también de padres catalanes. Entre muchos otros méritos de Antonia, tuvo el valor de dar la vida a ocho muchachos, sin duda la heroína de la partida, ellos son: Hilda, Gisela, Beatriz, Roberto, Margarita, Benjamín José, Alicia y Fernando Albáñez Barnola.



Benjamín Albáñez



Antonia Barnola

La vida profesional de **Ismael y Benjamín ha estado tan ligada que se expone en conjunto.** Aunque con pequeña diferencia en tiempo ambos se emplearon en la “Luz Eléctrica de Venezuela” para esa época con nombre en inglés, ya que era subsidiaria de la Canadiense “Electric Bond & Share. Su conocimiento del idioma inglés, por haberlo aprendido durante su infancia en Panamá, los ayudó en su progreso en dicha compañía. Después de largos años de ser empleados decidieron comprar una Estación de Servicio, que tenía su cuñado José María Pi Fortuny en la esquina La Quebradita; luego vendieron esta y alquilaron una en Bello Monte. En medio de la segunda guerra mundial compraron una a una 3 líneas de autos de alquiler (líneas Sabana Grande, Los Caobos y La Florida), acumularon un buen capital, compraron caballos de carrera y finalmente, aun jóvenes, se fueron en 1952 con sus hijos a vivir a Barcelona, España, y a finales de la década decidieron regresar de nuevo a Venezuela.

Eduardo Combellas Vers. (Extracto de su autobiografía “10 Eduardo Combellas”) Fue el único hijo de Eduardo Combellas Cornet que sobrevivió y luego quedó huérfano de padre a los tres años y medio, y vivió su niñez en la casa de sus abuelos Combellas Cornet. A los 10 años se mudó con la familia Van Praag a una casa en Las Delicias y a los 17 años lo mandaron a continuar sus estudios en Cartagena, Colombia, donde vivió con su tío Antonio Vers y su esposa Montserrat Sistac. Recién llegado se enamoró de M^a de los Reyes Martínez, se casó a los 20 años con ella y tuvieron cinco hijos: Eduardo, María Teresa, Alejandro, Luis y María Reyes. Reyes falleció a los 43 años de matrimonio y Eduardo se casó de nuevo con su prima Esperanza en 1991.

Su principal actividad laboral fue en ventas de la compañía Burroughs, donde trabajó durante 28 años, tanto en Venezuela donde llegó a ser Director Gerente, como en Brasil durante ocho años. Al retirarse de la compañía se encargó de la organización de la agencia de viajes Turisol, perteneciente al banco Consolidado, donde trabajó por 16 años hasta su jubilación. Eduardo siempre se ha caracterizado por su buen humor, su actitud siempre positiva y su disposición para ayudar a los demás. Y no podemos dejar de mencionar que fue el iniciador de estas memorias que han contribuido a conocer nuestros orígenes. En la siguiente foto, reunidos en la boda de Claudia celebrada en el hotel Tamanaco, Eduardo y sus primos decidieron escribir la historia de los descendientes de las Cornet (Sección 6).



Eduardo, Benjamín e Ismael, 2001



Eduardo, Carigna y Esperanza, 2020

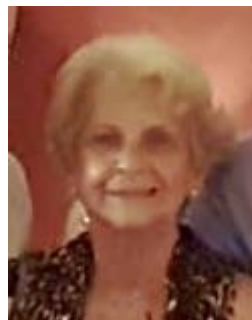
Juan Esteve y Mercedes Subero. (Extracto del escrito “11 Juan Esteve” de Eduardo). Nació en Igualada, provincia de Barcelona, emigró a Venezuela con su hermana Jeannette y sus padres al finalizar la guerra civil española, y nunca perdió el acento español. Estudió diseño lineal y montó una oficina de dibujo técnico en la cual trabajó durante el resto de su vida. Era muy amigo de Papá y fue quien le diseñó su casa de La Lagunita. Junto a su esposa, Mercedes Subero, acompañó a nuestros padres durante el primer viaje a Europa y visitar la tierra de sus orígenes. Hay una anécdota sobre Juan que relata Eduardo y también nos contaba Mamá, durante la revolución de octubre de 1945. En pleno tiroteo salió de curioso al centro de Caracas a ver lo que pasaba y le dieron un balazo que le perforó el pulmón y cayó herido en una acera. Una señora de una vivienda vecina lo resguardó en su casa, le dio los primeros auxilios, y avisó para que una ambulancia lo transportara a un hospital. No se explicaban como sobrevivió. Su esposa, Mercedes Subero, fue muy amiga de Mamá y quien actualmente vive en Caracas.



Juan Esteve



Mercedes Subero



Aurora Montero. Esposa de tío Alberto y muy amiga de Mamá. Trabajó por muchos años en Gramoven, una empresa importadora y procesadora de granos. Tenía muy buen carácter y era conversadora.



Aurora Montero

Enrique Zamora y Yolanda Tellería. Enrique fue compañero de Papá tanto en bachillerato, como en la Facultad de Medicina. Era hermano de Oscar Zamora, quien años después fue esposo de tía Alicia. Los dos eran muy altos, cerca de 1.90 m de estatura, tío Oscar moreno y Enrique rubio, pero el denominador común era que tenían un carácter muy fuerte, nacidos para mandar.



Enrique Zamora

Anteriormente mencionamos que Papá lo recomendó para trabajar en el hospital de El Callao y posteriormente Enrique le ofreció trabajo en la tienda IMPRES. Yolanda fue amiga de Mamá desde su matrimonio con Enrique hasta el final de sus días. Su hijo mayor,

Enriquito, era muy amigo de Ignacio y Mamá nos llevaba con mucha frecuencia a su casa para que jugáramos con él. Años después las familias de Enrique, tío Ismael, Benjamín y nuestros padres se reunían con mucha frecuencia en Puerto Azul.

Oscar Zamora. Papá iba mucho a estudiar con Enrique en la casa de sus padres, en Las Delicias, y en ocasiones, ya de novios, se veía allí con Mamá. Pero en ese tiempo la novia llevaba una chaperona de acompañante y Mamá acostumbraba ir con tía Alicia, su hermana más contemporánea. Tía Alicia conoció allí a tío Oscar, hermano de Enrique y estudiante de la Escuela Militar, se enamoraron y posteriormente se casaron en 1944. La historia de tío Oscar es muy rica y los hechos más relevantes se narran en un libro: “El edecán de Betancourt”. Una de las cosas más folclóricas que narra en su libro es que fue la única persona que desarmó a Fidel Castro: en una ocasión Fidel, de visita en Venezuela, asistió a entrevistarse con el presidente Rómulo Betancourt. Tanto Fidel como su guarda espalda iban armados, pero había una norma estricta, nadie podía acercarse con armas al presidente. ¡Después de una acalorada discusión con tío Oscar, Fidel le cedió su arma! Otra anécdota, que no está en su libro pero más alegre, es que estando en uno de los primeros cargos con Betancourt, el de Director de Tránsito Terrestre, les pidió a los familiares de tía Alicia que no tuvieran carnet de conducir que les enviaran sus datos para sacárselos. ¡Algunas de nuestras tías obtuvieron el carnet sin haber tocado un volante en su vida!



Oscar Zamora

Carlos Eduardo Ríos. El esposo de tía Olga, a quien nosotros llamábamos tío Ríos, era una persona que tenía pocas amistades, pero con Papá se la llevaba muy bien. Íbamos con frecuencia a su casa, tanto en Flor Amarilla como en Maracay, y Papá pasaba horas conversando con él.



Carlos Eduardo Ríos

También compartían mucho en los viajes que hicimos juntos a Chichirivichi y a Ocumare de la Costa. Algunos de los temas de conversación eran los caballos de carrera, a los cuales también era muy aficionado, y por supuesto, hablar de la finca de Manuare, de la cual eran socios. A pesar de tío Ríos vivir fuera de Caracas la mayor parte de su vida, Papá fue de los familiares con quien mejor se llevaba, lo cual se puede observar en muchas de las reseñas presentadas en esta sección. Carlos Eduardo fue el único de sus amigos que falleció unos meses antes que él, en 1977.

Alicia Fargier de Emmerich y Yolanda Fargier de Carballo, hijas de María Concepción Suárez, hermana de nuestra abuela María Luisa, mantuvieron una gran amistad desde su juventud con Mamá. El apellido viene de la nacionalidad de su padre, Pierre León Fargier, de origen francés. También mantuvo amistad con **Delia Cardozo**, casada con su tío Bernardo, un hermano bastante menor de la abuela María Luisa, y contemporánea con Mamá. No tuvo hijos, era muy alegre y con frecuencia se reunía con las hermanas Lares.



Alicia Fargier